

Reduccionismo lingüístico

Claudio Araya

Académico de la Escuela de Psicología UAI



“Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo”

-Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones Filosóficas, proposición 5.6.*

“América” no es sinónimo de Estados Unidos; es un continente rico y diverso, donde el país (Estados Unidos) representa sólo el 25,4% del territorio del continente. Las que llamamos “redes sociales” no son nuestras genuinas redes sociales, ¿lo habían notado? Utilizamos ese nombre para referirnos a aplicaciones tecnológicas (como Instagram o Facebook), pero ellas son apenas un pálido reflejo de nuestros vínculos significativos.

Los ejemplos anteriores reflejan el reduccionismo lingüístico, que ocurre cuando utilizamos términos de manera simplista o reducida, restringiendo su significado complejo. Este fenómeno tiene consecuencias profundas y sutiles; por ejemplo, cuando Trump usa el eslogan “Make America Great Again” claramente no está buscando ennoblecer a un conti-

nente, más bien al revés, su discurso restrictivo y beligerante busca favorecer a un grupo acotado de personas.

Cuando hablamos de “redes sociales” para referirnos a las aplicaciones tecnológicas, estamos invisibilizando nuestra compleja red de vínculos significativos, aquel que ocurre en el mundo de la vida, de cuerpo presente. Este reduccionismo oculta nuestra genuina red de relaciones sociales, reemplazándolo por un sucedáneo, una *app* filtrada por un algoritmo desconocido en nuestros teléfonos.

El reduccionismo lingüístico es permisivo y lamentablemente más común de lo que creemos. Pasa desapercibido cuando decimos “hombres” para referirnos a toda la humanidad, o cuando decimos “ciencia” para aludir sólo a las ciencias “exactas” o “naturales”, dejando fuera, por ejemplo, a las ciencias sociales, que también siguen el método científico.

Los ejemplos anteriores reflejan el alcance y los peligros del reduccionismo lingüístico, que siempre aluden ten-

denciosamente a una pequeña parte de la experiencia, eliminando otros aspectos fundamentales, perdiéndose la riqueza y diversidad del sentido de las palabras y de la experiencia misma.

El uso que hacemos del lenguaje no es ingenuo: dirige nuestra atención y modela nuestro pensamiento, y a su vez, afecta nuestra capacidad de ac-

tuar e imaginar nuevos futuros posibles.

¿Cómo responder a este fenómeno? Lo primero es ser conscientes de las palabras que usamos, revisando críticamente el sentido que le estamos dando a las palabras, detectando y corri-

giendo posibles exclusiones. También es bueno precisar y ampliar nuestro lenguaje. Atrevémos a incorporar nuevas distinciones, eligiendo términos que reflejen mejor la complejidad y diversidad de nuestra experiencia. Si queremos construir un mundo más inclusivo y consciente, es necesario partir por casa, en particular, por el lenguaje que estamos utilizando.

“El uso que hacemos del lenguaje no es ingenuo: dirige nuestra atención y modela nuestro pensamiento”.